



Para terminar, podría decirse —con García— que la historia intelectual, en conjunción con la historia de la cultura, debe ser entendida como una práctica intelectual que tiene un *sentido* eminentemente político y cultural. Es decir, la labor intelectual —que la propia producción de García nos ofrece— busca reproducir, como un doble, el gesto político-cultural de aquello que analiza. Así, es posible plantear una doble operación: sobre el presente y sobre el pasado. En éste, al poner en evidencia su inconclusión, el poder de su evocación, su condición inestable. Sobre el presente, al hacer saltar el tiempo homogéneo del que hablaba Benjamin, al mostrarnos su propia historicidad. En definitiva, es esa repetición, ese doble juego, esa escritura que escribe reescribiendo, esa fascinación y extrañeza que condensan los libros, en donde es posible cruzar historia y política, pasado y presente. En otras palabras, las consideraciones aquí planteadas serían las condiciones que permitirían una aproximación a la cultura y las ideas desde la perspectiva de una estética materialista.

Sebastián Malecki
(UNC)

A propósito de Pablo Ansolabehere,
Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1919), Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2011, 366 pp.

Pablo Ansolabehere comienza su libro **Literatura y Anarquismo en Argentina** invitándonos a recordar una anécdota del joven, casi niño, Roberto Arlt. Hacia fines de 1909 Arlt participó junto a otros vecinos de la quema de una bandera española en repudio por el fusilamiento del maestro y educador anarquista Francisco Ferrer; una anécdota que condensa la dimensión casi cotidiana que tenía el anarquismo en la sociedad argentina del centenario y, en consecuencia, la marca cultural que muchas de sus prácticas político-culturales dejaron en ella. Como el autor explica, la elección de la figura de Roberto Arlt no es arbitraria ya que vamos a leer “un trabajo sobre literatura”. Sin embargo, lo que aquí es destacable, es el hecho de que el libro que nos ocupa no es sólo un ensayo de crítica literaria que cumple sin duda con todas las reglas del arte, sino que nos invita a otra experiencia, a otro recorrido: el de la historia cultural, cuyas preguntas y herramientas el autor maneja con destreza. Es así que Ansolabehere no sólo se encarga de revelarnos la trama profunda que vincula al anarquismo con la literatura de entresiglos, sino que conduce nuestra mirada hacia un panorama de la cultura argentina del período. La periodización elegida también cruza de una manera particu-

lar la investigación: 1879 —año de publicación de **La vuelta de Martín Fierro** y del folletín **Juan Moreira**— y 1919 —fecha en que se produce la Semana Trágica. Cierre y apertura de un género literario; cierre de las movilizaciones de protesta monopolizadas por el anarquismo.

El autor transita, entonces, con una mirada bifronte, por zonas reconocibles para el historiador de la cultura: los públicos, la circulación de textos, la apropiación social de ciertas prácticas, el lugar del artista-escritor y militante y la construcción de contextos socioculturales y políticos. Estos tópicos pero, ante todo el abordaje que de ellos realiza, le permiten realizar preguntas acerca de los géneros y temas literarios de una riqueza infrecuente en los trabajos sobre el período. A los historiadores, nos resulta particularmente atractiva, tanto la forma en que Ansolabehere lee los distintos géneros literarios como así también los documentos más diversos. Es esa forma particular de leer lo que le da a su investigación una particular densidad textual, permitiéndole armar familias temáticas donde el anarquismo algunas veces ocupa el centro y otras los márgenes en el panorama cultural de la época. Esta lectura densa y las preguntas que organizan el libro sobre el lugar del anarquismo en la literatura y la cultura son una forma de intervención que permite abrir otras perspectivas a los historiadores del anarquismo. En un mundo bastante poblado de libros, intervenciones en reuniones académicas y artículos variados sobre el mundo ácrata, nuevas preguntas y nuevas perspectivas son, naturalmente, bienvenidas.

Ansolabehere no debate con los trabajos que han abordado la política del anarquismo pero sí muestra diferencias profundas entorno a las lecturas culturales del mismo, por ejemplo, sobre el teatro anarquista y la relación con el ideario que sostienen algunos dramaturgos cuyas obras circulan por el circuito comercial. Allí el autor nos revela esa tensa relación entre política e “ideología de artista” que emerge en el cambio de siglo y establece diferencias de análisis con los estudios que sobre la cultura anarquista se han desplegado.

El libro se desarrolla a lo largo cinco capítulos, que atienden cinco problemas diferentes pero que van encadenándose en el relato de Ansolabehere. Ese encadenamiento forma parte de uno de los logros estructurales del libro, huellas que son retomadas y que permiten explicar otras marcas.

Es así como en el capítulo uno define los rasgos más importantes de la literatura anarquis-

ta y permite ver la operación político-cultural que busca hacer del público un sujeto colectivo consciente para que la literatura opere sobre él, transformándolo en un sujeto revolucionario; en pos de ese objetivo, el periodismo ocupa para los anarquistas un lugar central. El cierre del capítulo uno descansa en la referencia a la versión folletinesca publicada en el diario **La Protesta** de una investigación periodística de Alberto Ghiraldo para el diario **La Nación** sobre los presos gauchos, asunto que deja al descubierto las tensiones interpretativas, dentro del anarquismo finisecular, acerca de la figura del gaucho. Tensiones establecidas entre el lugar execrable que este sujeto ocupa en el relato corriente de la política criolla y la construcción de un gaucho ideal, víctima de la explotación de los poderosos. Tanto el folletín **Sangre y Oro**, como el lugar que su autor ocupa en el campo literario argentino como escritor anarquista ayudarán a Ansolabehere a articular zonas destacadas de los capítulos restantes.

El segundo capítulo, profundiza la cuestión que tiene al criollismo en su centro. Allí se extenderán los debates entre las tradiciones internacionalistas del anarquismo, acentuadas por su original carácter inmigratorio y la reciente presencia criolla en el movimiento. Este nuevo público, real o anhelado, sienta las bases para algunas intervenciones culturales del anarquismo novedosas que tienen al gaucho en su centro y que ven posible la alianza con el criollo. Si por un lado el gaucho es revestido de las virtudes innatas del explotado, por otro es presentado como un representante de la barbarie moderna y de ese estigma de inferioridad racial que se completa, en el caso argentino, con la convivencia natural entre el hombre de las pampas y el componente más decadente y enfermo que tiene la sociedad, el indio. Esa discusión entre diferentes posturas hacia el interior del anarquismo, pone de manifiesto ideologías aún no estabilizadas, coyunturas internas y diálogos con una zona de la literatura criolla y la cuestión nacional que van más allá de los debates en el propio seno del fenómeno anarquista.

El libro aborda, en el capítulo siguiente la relación entre las posturas intelectuales de la bohemia finisecular y las distintas formas de adhesión al anarquismo, ya que, más allá de todos los “ismos” de fin de siglo, y aun cuando muchos de ellos contradecían al escritor y artista anarquista, lo concreto es que, es en esta bohemia, en su sociabilidad y en sus códigos de vida, donde muchos escritores ácratas se refugian, encontrando allí su lugar de identidad y legitimación intelectual. Entre las representaciones de la bohemia francesa al pro-

mediar la primera mitad del siglo XIX lograda por Murger y las propuestas teóricas de Bourdieu, Ansolabehere enhebra las características particulares de los actores de la bohemia porteña, sus ritos, lugares y señas particulares. Ese espacio cultural denso y variopinto, retratado aquí con precisión, es el lugar donde el autor nos sitúa, para comprender y acompañar el camino que lleva a muchos intelectuales que adhieren al anarquismo a constituirse en *escritores-artistas*.

Más adelante Ansolabehere se adentra en el estudio de la paulatina transformación de las miradas sociales sobre el anarquismo. Una nueva consideración y otro tipo de reacciones sociales van sucediendo a la primera recepción del anarquismo. Las prácticas anarquistas van entrando en la lógica de la criminalización, la imagen que comienza a dominar es la del tira-bombas y al poco tiempo la del pistolero organizado. Es por eso que las leyes de excepción (Ley de Residencia y Ley de Defensa Social) y la fundamentación parlamentaria para su concreción contribuyeron a construir al anarquista como un "fuera de la ley". Ese tránsito es revisado por el autor a partir de una biblioteca amplia que va desde la literatura en clave naturalista a las obras sociológicas y los diversos textos estatales sobre el tema.

Finalmente, el último capítulo cierra el libro abriendo preguntas en varias direcciones. Por un lado el libro de Pierre Quiroule le había permitido a Ansolabehere transitar la utopía de la ciudad anarquista y su narración ficcional y es a través de esta narración de la ciudad utópica que se abre una ventana para poder navegar sobre el concepto de utopía en la filosofía y las derivas que se van trazando en diversas experiencias textuales. Este último capítulo cierra el espacio temporal del libro ya que la estación de arriba es la que nos muestra la ciudad anarquizada de la Semana Trágica, de barrios del suburbio movilizadas por la represión y de sepeños públicos donde se expresa descarnadamente el drama de los sectores populares.

Ansolabehere logra demostrar a lo largo del libro que la cultura y la literatura anarquista son márgenes de la experiencia social del fin de siglo, ricos en experiencias intelectuales y que la huela que este fenómeno generó dejó impregnados otros discursos literarios y otras zonas de la cultura y la sociedad a las que habitualmente consideramos en el centro de la escena. Asimismo, este libro muestra cómo trabaja el investigador de la cultura para iluminar la opacidad de textos que en principio no nos muestran grandes atributos literarios y, en el mismo sentido,

la importancia de abordar el estudio de publicaciones de pequeño formato. Todas señales y caminos que nos invitan a continuar investigando y preguntándonos por el rico pasado de la cultura anarquista en el Río de la Plata.

**Analia Rey
(UBA)**

A propósito de Alejandro E. Parada,
El dédalo y su ovillo. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en Argentina, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 2012, 322 pp.

La Bibliotecología es hasta el día de hoy considerada una disciplina de perfil antes que nada técnico, una suerte de "pariente pobre," casi paria entre las sobresalientes Ciencias Sociales de las que proviene. Sin embargo, no han faltado en nuestro país esfuerzos por instalarla en diálogo con los nuevos desarrollos que en las últimas décadas conoció la Historia del Libro, la Edición y la Lectura, provenientes de disciplinas como la Sociología de la Cultura, los Estudios Culturales y la Historia Social de la Cultura o la Historia Intelectual. El reciente libro de Alejandro Parada debe inscribirse dentro de dichos esfuerzos.

Doctorado en la Universidad de Buenos Aires, especializado en la Historia del Libro y las Bibliotecas e interesado por la relación que guarda con la tradición bibliotecaria argentina, director de la Biblioteca "Jorge Luis Borges" de la Academia Argentina de Letras, Secretario de Redacción de la revista *Información, cultura y sociedad* (INIBI-FFyL) y autor de obras como *El mundo del libro y la lectura durante la época de Rivadavia* (1998), *De la biblioteca particular a la biblioteca pública* (2002), *Bibliografía cervantina editada en la Argentina* (2005), *El orden y la memoria en la Librería de Duportail Hermanos: un catálogo porteño de 1929* (2005), *Cuando los lectores nos susurran* (2007), *Los libros en la época del Salón Literario* (2008), *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* (2009) y *Martín Fierro en el Azul: catálogo de la colección martinfierrista de Bartolomé J. Ronco* (2012), Parada interpela a los lectores y abre el campo dando paso a una discusión necesaria: la investigación de la disciplina en nuestro país no puede acometerse sin determinar históricamente su trayectoria.

En esta nueva obra, el autor hace visible la

potencialidad interdisciplinar de la Bibliotecología y propone a las bibliotecas como una cantera todavía no explorada en relación al estudio de la microhistoria, la Historia del Libro, la Edición, la Lectura e incluso, de manera más osada, la Historia de la Información, involucrando para ello el rol que desempeñan los bibliotecarios y su participación activa en la formación de lectores en las bibliotecas. De esta forma acerca el campo de la bibliotecología a otras disciplinas que la enriquecen, especialmente la historiografía, poniéndolo a jugar desde una perspectiva social y política.

Plantea a su vez la necesidad de incluir en la confluencia de la Historia del Libro y la Historia de la Lectura el rol del bibliotecario como formador de recorridos y experiencias en los lectores, pero también en los investigadores, que acuden a ellos en busca de las fuentes que alimentan sus trabajos. Es por ello que Parada subraya que resulta imperioso reconstruir la totalidad del campo cultural, incorporando a su vez la Historia de las Bibliotecas que ha jugado un papel esencial hasta el momento ignorado en este tipo de estudios.

Es en este punto que se detiene a afirmar que las reflexiones teóricas comenzaron en la génesis de un proyecto político y social, como lo fue la creación de la Primera Biblioteca Pública de nuestro país, tema central de su libro *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* (2009) y retomado nuevamente en esta obra. En una tesis arriesgada de perfil sociológico contempla a la sociedad civil como actora y gestora de los cambios que impulsó la Revolución de Mayo en el ámbito de la educación, rastreando el antecedente posible de las bibliotecas públicas en los tiempos de la Colonia, germen que madura y surge como experiencia innovadora en 1810, pero que no es, en todo caso, original sino que se constituye la conclusión esperada de un proceso de emancipación iniciado con anterioridad. Para Parada, es un error considerar como punto de inicio de la Historia de las Bibliotecas Públicas a un hecho histórico como la Revolución de Mayo, puesto que este es, precisamente, la marca de madurez de dicho proceso.

El volumen que nos presenta reúne una serie de ensayos, muchos de ellos avanzados a lo largo de los últimos años en su revista *Información, cultura y sociedad*, reagrupados en cuatro núcleos bien diferenciados: la primera parte reflexiona sobre el desarrollo alcanzado por la Historia del Libro y de las Bibliotecas a partir del auge de los nuevos estudios culturales, en la que esboza posibles caminos